

Recuerdos para la paz

José R. Bada

Zaragoza, Seminario de Investigación para la Paz, 2019

Este libro lo ha escrito un anciano lúcido, casi nonagenario, pero el autor es también en cierto modo el niño Pepito, guardado durante tantos años en el recuerdo, un niño de la Guerra Civil, uno que no hizo la guerra, pero que la padeció como muchos otros de su generación. Al autor, como él mismo dice, no le duelen los recuerdos, como a Pepito, y sabe muy bien que no es lo mismo el dolor de muelas que acordarse que a uno le dolieron las muelas. Pero tiene muy presente que viene de aquel niño y que nada habría sido igual sin los hechos que recuerda. Recuerdos y vivencias de un niño de la guerra, para aprender del pasado.

No escribe como lo haría un historiador objetivo e imparcial. No maneja documentos, sino recuerdos. Escribe como testigo absorto, dejando que hable el corazón en sus recuerdos. El historiador no habla de su vida, sino de la vida de los otros. En cambio, este libro habla de la memoria vital, de los recuerdos rumiados e interpretados durante años, de cómo el sufrimiento incomprensible ha ido moldeando el horizonte vital de un intelectual comprometido. Este libro cuenta lo más terrible e incomprensible, sucedido en un escenario real, poblado de nombres propios, en un tiempo preciso. El autor ha puesto el pasado que fue al servicio del presente de cada momento de su vida y del futuro que puede ser todavía.

Ha esperado a que casi todos los protagonistas estuvieran muertos. Y lo pensó mucho antes de publicarlo. A veces dudaba de si hacía bien o mal. Porque hay un silencio bueno y otro malo. «Comprendo —dice— al que calla por respeto a las víctimas, y no entiendo al que calla porque las olvida. Me explico incluso que nadie responda ya sobre lo que pasó hace tanto tiempo: todos los muertos callan, sean víctimas o verdugos. Pero, aunque no haya testigos o queden pocos, ni culpables en vida a los que interrogar, nunca entenderé que nadie haga preguntas. Soy un niño de la guerra y por eso escribo: para hacer preguntas y no sólo para contar lo que nunca olvidaré». La pregunta desazonadora de aquel niño: ¿por qué mataron a mi padre?, se traduce en una edad madura: ¿por qué los humanos nos matamos unos a otros? Escribe, pues, para interpelar y ayudar a convivir en paz, no por venganza: «Sólo si la venganza es la única justicia parecería preferible el silencio a la palabra, el olvido a los recuerdos...». Porque «no hay que olvidar lo que pasó para que no vuelva a pasar nunca jamás». Es un error tremendo dejar que los muertos entierren a los muertos. O actuar como dice el refrán: el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

El título es *Recuerdos para la paz*. Para aproximarse a la paz es preferible la memoria al silencio. De ahí la dedicatoria «A todas las víctimas de la guerra les debemos la paz. Es justo y necesario recordarlo. No es honesto disfrutar de la paz —ni posible vivir en paz— si lo olvidamos». El perdón y la reconciliación necesarios para la convivencia no exigen el olvido sino por el contrario la memoria. Lo que no se recuerda no se desaparece.

En la portada del libro Bada ha querido poner la foto de María y de su hermano, que ya murieron, vestidos de milicianos y con un fusil de madera en la mano. Ella tendría hoy los mismos años que el autor, y el hermano era un poco más pequeño. Cuando tenía seis años se sentó con María en el mismo pupitre de la escuela. Ella con el vestido de miliciana con el que aparece en la foto, hecho por su padre, un sastre concejal republicano. Él de luto: pantalón corto negro con tirantes, calcetines negros y zapatos de charol, porque era ya huérfano de guerra. Con el tiempo María se hizo catequista, se quedó soltera y murió como una beata.

El libro es también un homenaje a su madre, Genoveva, una mujer fuerte que tuvo que sacar adelante a cuatro hijos pequeños regentando una fonda y sin ayuda porque los milicianos permitían tener actividad económica individual, pero sin contratar personal a su servicio. Por estas páginas desfilan algunas personas que mantuvieron su dignidad en momentos trágicos y muestra, por ejemplo, cómo en una misma casa se juntaron para sobrevivir tres viudas y siete huérfanos todos menores. Pero no obvia que se produjeron robos y asesinatos, que se saqueaban los bienes ajenos, se perseguía a las mozas y se cometían bellaquerías por los ribazos y que se señalaba y denunciaba a los rojos y a los nacionales, según las tornas. Narra cómo el dinero no sirve según y cuándo, cómo cambian las siglas políticas de un día para otro, cómo se colectivizó el trabajo y los recursos, cómo en la escuela se instaló el desorden de un nuevo orden, cómo se pretendía imponer la fe a garrotazos, cómo hacían tragar aceite de ricino para humillar a las gentes y se les rapaba la cabeza a las mujeres, cómo se vivió el espanto de tantos muertos y heridos en la batalla del Ebro, cómo los italianos fascistas «no sólo dejaron hijos sino bombas que explotaban», cómo los hijos de la guerra hicieron de la guerra un juego, y, sobre todo, cómo «ninguno de nosotros hicimos la guerra y todos la padecemos».

No solo el libro, sino la vida del autor es un ejemplo de reconciliación mediante la aceptación de *los nuestros* por *los otros* y de *los otros* por *los nuestros*, como insiste una vez y otra vez. El niño, al que le mataron a su padre a los seis años y a los tres hermanos de este — a uno porque era cura y a los otros simplemente por ser sus hermanos, o, como a tantos otros, por venganza, por lo que estaban haciendo los fascistas en Zaragoza—, se preguntaba «por qué no volvió su padre». Y tuvo que responderse: «porque lo mataron y los muertos no vuelven. Pero nunca sabré por qué lo hicieron». Ese hijo de un asesinato por los «rojos» ha sido luego un acreditado intelectual de izquierdas, cultivador de la razón ilustrada, doctorado en la Universidad de Múnich y profesor en la Universidad de Deusto. Fue consejero de Cultura y Educación en el primer Gobierno autonómico salido de las urnas y presidido por el socialista Santiago Marraco (1983-1987) y promovió el Seminario de Investigación para la Paz. Toda su vida ha estado estudiando, enseñando y escribiendo sobre filosofía, antropología aragonesa, sociología y trabajo social y es autor de numerosos libros como *La Tolerancia entre Fanatismo e Indiferencia* y *La Paz y las paces*.

Bada ha sido siempre un ardiente defensor del diálogo y está convencido de que las personas nos entendemos hablando... si quieren. Y si las personas no quieren entenderse porque no se quieren, entonces no se hablan. Pero si queremos entendernos y nos hablamos, entenderemos al menos que hay cosas que no acabamos de entender. La paz no supone el olvido de ninguna guerra, ni desentenderse de aquella o de lo

que pasó en España durante la guerra civil. Basta con entender y entendernos en el acuerdo de que no debe volver a pasar: ¡Nunca más!

Este libro ha sido editado por la Fundación del Seminario de Investigación para la Paz (Zaragoza) y por la Comarca del Bajo Aragón/Caspe – Baix Aragò/Casp, en la colección bilingüe La Mangrana de dicha Comarca donde se halla Favara, el pueblo del autor, una colección que tiene la vocación de dar voz a las obras literarias de artistas del territorio.

Bernardo Bayona